

demás en Conferencia en Estocolmo (1952), a la Naturaleza en El río que nos lleva (1961), el amor a los demás en uno de sus libros más bellos La sonrisa etrusca (1985), tres ejemplos de gran literatura, donde Sampedro nos dice que somos algo más que números, somos seres que habitan en las incertidumbres, pero llenos de alma y de luz, un potencial que en sus novelas no deja de brillar.

En Congreso en Estocolmo (1952) asistimos al encuentro de seres que aman la cultura, donde sobrevuela el tema de la amistad y del amor en un marco aparentemente austero, el del paisaje nórdico de Estocolmo.

La amistad aparece trenzada como un valor que se va hilvanando, demostrando que, para el novelista, esta es una virtud necesaria para ser feliz, los hombres y mujeres que se contagian de la amistad tienen un alto sentido ético, conocen el esfuerzo y saben compartirlo, en una suerte de generosidad que es la que practicó Sampedro a lo largo de su vida:

“Y volver a hablar de la amistad, a tratar de definirla, a permitirle él y a aceptarla ella. En el fondo, a saborear la palabra y

todos sus indefinibles armónicos y cautivadoras resonancias”.

El narrador sabe que la palabra es tesoro, precioso don donde conviven hombres y mujeres que saben que el lenguaje precisa el entendimiento ético que hay en el ser humano, solo así el lenguaje es limpio y verdadero.

Pero también la ciudad de Estocolmo, como si el narrador se hallase encandilado de sus aguas, aparece definido en este precioso párrafo del libro:

“La ciudad era todavía más exquisita bajo la lluvia mansa. Todo el colorido diverso de las fachadas adquiriría delicados tonos de pastel y los tejados de verde cardenillo relucían concentrando suavemente la luz”.

Paisaje que va dejando sus poros en sus

Cien años de perdón

De Claudio Cerdán.

habitantes, llenando de fulgor a los seres, como si se impregnasen de la luz de la ciudad nórdica, fría y cercana a la vez, como el amor y la amistad.

Karin, Klara, son seres hechos con el molde de la vida, con sus luces y sombras, en ese ámbito elegante de Estocolmo.

Llegó El río que nos lleva (1961), novela desbordante donde la figura de los gancheros que se encaraman al río Tajo,



poniendo en riesgo su vida para coger los troncos que van arrojando los árboles, nos seduce, novela hermosa, donde las descripciones se convierten en

mosaicos de luz, en cuadros que el cine llevará más tarde a la pantalla, lo que demuestra el sentido narrativo de Sampedro para crear una novela de gran hondura:

“Sintió muy inmediato la atracción de un remolino, pero lo salvó sin soltar al chico, aunque hundiéndose. Un golpe de piernas contra el forro fangoso le impulsó hacia arriba con su presa; pero casi falto de aire y turbia la vista, salió por donde pudo”.

El Tajo como el río que lleva la vida de los hombres, expuestos al peligro de su trabajo, heridos por la vida, seres a la deriva, como la novela se encarga de contar. Don Pedro, El Seco, Paula, son espejos de la vida dura de los gancheros.

También los diálogos sirven para entender el esfuerzo del narrador para que los personajes nos lleguen, se aproximen a nosotros, se conviertan en seres reales, tan verdaderos como nuestras propias sombras y luces ante la vida:

“Y contrata a la gente, se bebe la salida pa animarse y, ¡hala! a trajinar... Yo, que andaba aburrío, pues me enganché...”.

La Naturaleza, lugar de remanso, pero devastadora también, donde los gancheros sirven su vida como ofrenda, para contarnos esta historia que va calando, con el paisaje como fondo, porque la novela destila belleza en cada página:

“Detrás de la casa estaba la pequeña represa. Por las grietas del azul se escapaba el agua, pero aún retenía un estanque increíblemente quieto, lleno de

ovas y musgo, en la fría muerte invernal agravando su desolación”.

Novela culminante, donde los personajes se meten dentro de nosotros, su compromiso ético con la vida es espejo del novelista, convertido en hombre entregado al don de la narración, donde todos podemos mirar mundos parecidos y lejanos al nuestro.

Por último, un reflejo de la bondad de Sampedro ante sus personajes fue La sonrisa etrusca, donde el novelista cuenta la vida de un hombre en la culminación de sus días, un hombre que encuentra en su nieto un confidente para reflexionar sobre la vida, desde dos prismas, el que da la experiencia y el que da la inocencia, dos reversos de un tiempo relativamente corto, pero que va dejando en nosotros un poso imborrable, que perdurará en el tiempo:

“La tortura del viejo culmina en el dolor de ese silencio que, aun cuando previsto, le desgarró. Se descubre empapado de sudor, imagina a la víctima vencida, al niño más solo que nunca, sin fe ya ni en ese viejo con el que había sellado un pacto; en cuyos brazos se refugió

momentos antes y que ya le había traicionado...”.

Resumen magnífico de dos mundos, dos seres que abren y cierran la vida, donde Sampedro medita, para que la visión ética de un mundo cuya desolación no le impide seguir soñando, ese sueño que ha interrumpido la muerte, ya en sus noventa y seis años, indignado con lo que, como diría Lorca, muerden a los hombres que no sueñan.

Sampedro no morirá, porque más allá de su literatura, brillante desde luego, queda un hombre de mirada honda y limpia, tan necesaria en estos tiempos.

por Carlos Ferrer

El último Premio Kutxa Ciudad de San Sebastián galardonó, entre 244 obras procedentes de 27 países, la obra teatral *De la misma pasta* de Óscar Sanz Cabrera (Hospitalet, 1971), dándole a conocer en los ambientes teatrales, puesto que solo acumulaba como experiencia teatral el estreno de *La partida* en 2011. El codiciado premio ha sido un impulso a su dramaturgia emergente, puesto que Sanz tiene en su

haber una tercera pieza, *El último mordisco*.

La acción de *De la misma pasta* transcurre en Barcelona en 1991. Tres hermanos, cada uno con su drama a cuestas, y su madre protagonizan la pieza: Esteban, víctima del acoso sexual de su padre, sufre una discapacidad mental y sobrevive vendiendo libros viejos; Lucas, no tiene ni oficio ni beneficio, está enganchado al alcohol y malvive de lo que sustrae a los que le rodean; María, la hija menor, trabaja en una pastelería y se marchó de casa siendo adolescente; y Luisa, la madre, ahoga sus penas en alcohol mientras soporta el día a día con resignación y sin ánimo alguno de solucionar las diferencias entre sus hijos.

Estamos ante una familia rota por los egoísmos y las carencias, repleta de taras por méritos propios, amparada en el vicio como vía de escape de una realidad, que no tiene un lugar para ellos, y de un mañana que no les depara nada interesante. Es una relación imposible, el odio y el rencor habitan en

sus mentes desde hace demasiado tiempo: “Si no controlas ese orgullo te saldrá pus del corazón” le dice Lucas a su hermano Esteban. Sin embargo, el conflicto de intereses estalla cuando trasciende el delicado estado de salud de la madre. El duelo de tiburones empieza para ver quién se queda con la escasa herencia, un botín al fin y al cabo, y los errores del pasado empiezan a aflorar en cuanto los personajes no cumplen con sus propias expectativas. Sin embargo, el rumbo del dinero les guarda una sorpresa y la vida, un destino inexorable. El lector se queda con un sabor a hiel en los labios justo en el momento en el que

De la invisibilidad de Mar Busquets.

las aguas habían vuelto a su cauce, justo en el instante en que la paz entre los hermanos se había firmado a causa de la inesperada derrota en la pugna por la herencia, justo en el minuto en que la ternura de la madre hace mella en el helado corazón de sus hijos. El catalán Sanz Cabrera demuestra conocer los entresijos de la carpintería teatral,